

TEOLOGÍA Y VIDA

Teología y Vida

ISSN: 0049-3449

cmejiasm@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile

Chile

Donoso, Jaime

Hans Urs von Balthasar y la música de Mozart

Teología y Vida, vol. L, núm. 1-2, 2009, pp. 299-303

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32214691021>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Jaime Donoso

Facultad de Artes

Pontificia Universidad Católica de Chile

Hans Urs von Balthasar y la música de Mozart

Junto con agradecer la invitación que me han hecho a participar en este encuentro, quiero aclarar que esto no será una ponencia. No soy filósofo ni teólogo, soy sólo un intérprete musical, pero durante muchos años he reflexionado sobre la materia con que trabajo y, muy particularmente, he tratado de dar razón de mi profunda afinidad con la obra de Mozart. Por eso, lo que voy a intentar hoy día es sólo un testimonio. Además, como el encuentro de hoy va a terminar con música de Mozart, mi intervención no tiene más sentido que el que puede tener un prólogo. El real contenido vendrá después, cuando Mozart se haga realidad sonora entre nosotros.

Definir y explicar la música es ya empresa ardua, si no imposible. Su inasibilidad, su temporalidad, su asemantididad, nos pone en directa relación con lo efímero, con la tragedia del tiempo, con la abstracción absoluta, es decir, conceptos e ideas que rebasan a la música misma. La música, o se la oye o se la practica; todo intento de explicación debe apelar a préstamos de las más diferentes disciplinas. Pero en todo caso, la música en sí nos induce a una reflexión profunda sobre su ser, sobre el “es” de la música y el sobre el “estar ahí de la música”, esto es, la contraposición platónica, del reino de las Ideas de la imaginación creadora de los compositores donde la música “es” y el mundo de la ejecución material a través de la realización sonora, para que ella “esté”. Todo esto a fin de que el eslabón final de la cadena, el auditor, abra su propio ser, obedeciendo a la propuesta musical en una actitud de apertura que le permita ser invadido por ella.

Partiendo de estas premisas básicas, en algún momento de mi vida decidí obedecer a Mozart y me di cuenta de que ese acto de sumisión debía ser a ciegas, pues todo intento de racionalización se reveló completamente inútil. Fue como tratar de entender a una rosa. En la rosa uno se deleita pero no hay que hacer intentos de entenderla. En este camino de explicarse cosas que a la luz de la pura razón son inexplicables, caminé con los musicólogos y me di cuenta de que había un punto en que la ciencia musical se detenía ante un precipicio. Se entraba indefectiblemente en una zona en que las consideraciones técnicas eran incapaces de penetrar en las esencias y que todo vocabulario especializado quedaba corto. Fue una comprobación desilusionante pero al mismo tiempo expectante, pues intuía que las revelaciones debían existir aunque tenían que surgir de otra parte.

Opiniones de grandes compositores sobre Mozart dejan ver la admiración sin límites que sentían y no vacilaban en señalarlo como una altura insuperable, pero por lo ya dicho no creía que ése era el camino. En ese trayecto empecé a percarme

de que este tema era preocupación de ilustres pensadores no directamente ligados al quehacer musical. Los que han considerado que la música de Mozart es sólo una propuesta encantadora pero falta de profundidad pueden sorprenderse de que haya habido grandes teólogos que la proclaman como teológicamente reveladora. Entre ellos están dos gigantes del siglo XX, el protestante Karl Barth y el católico Hans Urs von Balthasar. Ambos compartieron un inmenso amor por Mozart y, más aún, algunos dicen que es posible que ese amor común fuese el cimiento de la amistad entre ambos.

A ellos, puede agregarse el propio Papa Benedicto, también eximio teólogo y además pianista, por lo que tiene un contacto directo con la materia mozartiana y habla desde una experiencia vital. Sin embargo, tampoco Benedicto se expresa como un musicólogo o un intérprete. Nos dice:

“...Mozart penetra hondamente en nuestras almas y su música aún me commueve profundamente, porque es tan luminosa y al mismo tiempo tan profunda. De ninguna manera es mera entretenición; la música de Mozart contiene el total de la tragedia de la existencia humana”.

Bastaría esa afirmación, pero su visión y sabiduría nos lleva mucho más lejos.
Cito:

“En Beethoven oigo y siento el empeño del genio por dar lo máximo, y de hecho su música tiene una grandeza que me llega a lo más íntimo. Pero el esfuerzo apasionado de este hombre resulta perceptible y, a veces, en un paso u otro, en su música parece notarse también un poco esta fatiga. (En) Mozart cada tono es el correcto y no podría ser de otra manera. El mensaje está sencillamente presente. Y no hay en ello nada banal, nada que sea solamente lúdico. El ser no está empequeñecido ni armonizado falsamente. No deja fuera nada de su grandeza y de su peso, sino que todo se convierte en una totalidad, en la que sentimos la redención también de lo oscuro de nuestra vida y percibimos lo bello de la verdad, de lo que tantas veces queríamos dudar. La alegría que Mozart nos regala, y que yo siento de nuevo en cada encuentro con él, no se basa en dejar fuera una parte de la realidad, sino que es expresión de una percepción más elevada del todo, que yo sólo puedo caracterizar como una inspiración, de la que parecen fluir sus composiciones como si fueran evidentes. De modo que, oyendo la música de Mozart, queda en mí últimamente un agradecimiento, porque él nos ha regalado todo esto, y un agradecimiento, además, porque esto le haya sido regalado a él”.

Las opiniones del Papa Benedicto parecieran presentir un límite y proponer atravesarlo, como el vértigo que significa abandonar la pura humanidad para entrar en la comprensión de la divinidad o como tratar de entender el misterio de la transfiguración de Cristo. En sus palabras, está presente el misterio de lo inefable, el decir lo indecible.

Hans Urs von Balthasar era pianista y también tocaba otros instrumentos. Su infancia estuvo atravesada por la música y se sabe que tenía un talento extraordinario, oído

absoluto y asombrosa memoria musical. Anecdóticamente, puede recordarse que después de la muerte de Adrienne von Speyr, regaló su equipo de audición, pues se sabía a Mozart de memoria: podía reproducir la partitura en su mente y escuchar la música.

Cuando Von Balthasar recibió en Innsbruck el Premio Wolfgang Amadeus Mozart en 1987, recordó en su discurso de agradecimiento:

“Mi juventud fue enteramente musical; mi profesora de piano, era una anciana que había estudiado con Clara Schumann. Me introdujo en el romanticismo cuyas últimas estrellas tuve oportunidad de oír durante mis estudios en Viena: Wagner, Strauss y especialmente Mahler. Sin embargo todo esto terminó cuando Mozart tomó posesión de mis oídos, de donde nunca más ha salido. Aunque Bach y Schubert llegaron a serme queridos en años posteriores, Mozart permaneció como la estrella polar inmóvil alrededor de la cual orbitan los otros dos, como la Osa Mayor y la Osa Menor”.

Von Balthasar agrega:

“Existen verdades que requieren palabras y palabras para ser expresadas. En cambio, cuando se escucha a Mozart, al menos por un instante todo es simplemente como debe ser: la gracia, la creación, la reconciliación”.

En los fundamentos de su teología estética, Von Balthasar proclama:

“Nuestra palabra inicial será belleza. La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisociable unión”. “No ha existido ni puede existir ninguna teología suficientemente grande e históricamente fecunda que no haya sido expresamente concebida y dada a luz bajo el signo de lo bello y de la gracia”.

Y completando este pensamiento con una alusión inequívoca, expresa una especie de juramento de fidelidad: “Nada podrá separarme de Mozart, de la experiencia siempre nueva y terrible de comprender que hay cosas demasiado bellas para nuestro mundo”.

Todos conocen la fructífera relación de von Balthasar con Adrienne von Speyr desde 1940, fecha en que ella se convirtió al catolicismo hasta su muerte en 1967. Von Balthasar era su padre confesor y el transcriptor de sus visiones. Del inmenso material que quedó, leo a ustedes un pasaje que no por muy conocido es menos conmovedor. En él se revela una curiosidad casi *naïve* de von Balthasar por tratar de develar el secreto de Mozart y qué mejor oportunidad para esa revelación que a través de una visión de Adrienne. Nos podemos imaginar la expectación de nuestro teólogo cuando la interroga: “¿ves a Mozart?” Durante la oración en común, von Balthasar interroga a Adrienne:

–(¿Ves a Mozart?) “Sí, le veo” (Ella sonríe).

–(¿Está rezando alguna oración?) “Sí, le veo rezar. Le veo rezar algo, tal vez un Padre Nuestro. Palabras sencillas, que aprendió en su infancia, y que reza

sabiendo que está hablando con Dios. Y luego se presenta ante Dios como un niño que lleva de todo a su Padre: guijarros de la calle, ramitas y pequeñas hojas de césped, y una vez también un pequeño insecto, y en él todas esas cosas se convierten en melodías, melodías que trae al querido Señor, melodías que de pronto convierte en oraciones. Y cuando termina de rezar, ya no está de rodillas ni cruza las manos, sino que se sienta al piano o canta con una increíble inocencia, y ya no se sabe con seguridad: ¿está Mozart tocando algo al querido Señor, o es el querido Señor el que está usando de él para tocar algo a sí mismo y a Mozart? Hay un magnífico diálogo entre Mozart y el buen Dios que es como la oración más pura, y este diálogo está hecho tan solo de música”.

–(Y ¿cómo encaja allí la gente?). “Él ama a la gente. Se atemoriza ante ellos y los ama al mismo tiempo. Se acobarda un poco, como un niño le teme a otro que pudiera romperle sus juguetes; pero Mozart está más preocupado porque los juguetes del buen Dios puedan llegar a romperse que por él mismo. Y ama a la gente porque son criaturas del querido Señor, y está contento de poder deleitarse con su música. Y a su modo querría poner ante ellos la cuestión de Dios, incluso en sus piezas más alegres”.

–(¿No se aleja de ellos en su arte?) “No. Desde luego, hay momentos en los que el arte, en un cierto sentido, tiene prioridad, pero permanece siempre encerrado en Dios. Es como si tuviera un duradero pacto con el querido Señor”.

–(¿Y la melancolía?) “También hay espacio para eso. Porque sabe que Dios tiene también que ver con la gente triste y sombría, que es duro llevar el peso del mundo, y que hay momentos en que siente un inmenso peso sobre las espaldas; pero entonces tiene que llevar todo eso a su música, debe indicar a través de su música todo aquello que concierne a Dios y a los hombres”.

–(¿Y *Don Giovanni*?) “Cuando Mozart representa el orgullo no entra en él, no forma parte de él. Cuando describe la sensualidad sí entra un poco en ella, porque por supuesto la sensualidad está muy a mano. Pero incluso su sensualidad es tan inocente que nunca se hace maldad”.

Según von Balthasar, la música de Mozart “es un límite de lo humano y es aquí donde la divinidad comienza”. Von Balthasar ve a la música, especialmente la de Mozart, como una línea trazada entre lo que puede y no puede ser dicho, entre Dios y la humanidad, entre Creador y creación. En verdad, en el pensamiento de von Balthasar la música es un lugar de diálogo entre la naturaleza humana y la divina y así, la música es la confluencia del tiempo del hombre y la eternidad de Dios. Por eso es que nuestro teólogo, además, puede entregarnos la idea de que el tránsito de la fe a la música es parte del proceso de la Palabra haciéndose carne.

A estas alturas, sentí que mi intuición había ido por buen camino, pues siempre había pensado en la condición angelical de la música de Mozart y, desde luego, son los teólogos los más idóneos para hablar sobre los ángeles. Usando expresiones de von Balthasar puedo decir que tengo fe en Mozart, tengo esperanza en Mozart y tengo amor por Mozart y también puedo decir finalmente que Mozart es teológico, idea cuya paternidad no es mía.

Así nos hemos ido acercando a la idea de que la música y la de Mozart especialmente, comienza en el lugar en que las palabras se agotan, cuando no hay nada

más que contemplación y percepción de lo bello y una disposición a ser arrebatado por la fuerza de la belleza. Siento que Dios es dicho por Mozart, que se atreve a pronunciar su nombre. Para von Balthasar “la música de Mozart hace audible tanto el canto de la creación antes de la caída como el canto de la creación resucitada”. Por ello, esa música no puede sino permitir que aflore lo mejor de mi humanidad redimida, la que ha encontrado una respuesta esperanzadora después de la buena nueva. No es un mero suceso sino uno que permite la entrada de la gracia. Según von Balthasar, Mozart es el compositor del milagro que tiene la fuerza del corazón para sentir infaliblemente la verdad y lo genuino. Pero más que una encarnación de la gracia, es una visitación de ella, dejando en nosotros una traza, por lo que tenemos la oportunidad de ser también visitados. Como en forma parecida decía el entonces Cardenal Ratzinger, así como en Beethoven se siente el drama del hombre ante Dios, en Mozart se nos presenta la pura belleza que tiene su origen en Él.

En síntesis, las claridades que yo esperaba, al fin comenzaron a llegar y han provenido de la teología que encierran las palabras de Hans Urs von Balthasar, cristólogo y pianista mozartiano.

Ojalá sirva este testimonio como una contribución a la verdad que nos colmará ahora cuando estas reflexiones se materialicen en sonido, como debe ser. Dispóngamos nuestros oídos y abramos nuestro ser al ser de Mozart. Tengo la convicción de que desde el primer sonido podremos experimentar una revelación, gracias a Hans Urs von Balthasar.

Vamos a oír tres movimientos del cuarteto en Re Mayor K.V. 575, interpretado por destacados alumnos de las cátedras de violín, viola y cello, del Instituto de Música de nuestra universidad.

Muchas gracias.

RESUMEN

El autor, a partir de su experiencia como intérprete musical, intenta demostrar que la explicación de la esencia de la música, y la de Mozart en particular, no se agota en un análisis puramente musicológico. Para ello se apoya en ideas de von Balthasar y en palabras del Papa Benedicto XVI, ambos profundamente amantes de Mozart. Sus juicios dicen relación con la idea de una teología de la belleza.

Palabras claves: Música, asemanticidad, belleza teológica, gracia, creación.

ABSTRACT

The author uses his experience as a musical interpreter as a starting point, and attempts to demonstrate that the explanation of the essence of music, and Mozart's music in particular, is not exhausted by purely musicological analysis. For this purpose the author bases himself on the ideas of von Balthasar as well as the words of Pope Benedict XVI, both deeply fond of Mozart. Their conclusions relate to the idea of a theology of beauty.

Key words: Music, Asemanticity, Theological beauty, Grace, Creation.

